

guos melodramas, á la actriz, tocando una « melodía sin fin ». Los zapadores, los que van en las avanzadas, se dirigen también al sentido olfactivo, injustamente menospreciado hasta aquí en las bellas artes, y le invitan á tomar parte en los deleites estéticos; en el teatro instalan un vaporizador que lanza perfumes sobre los espectadores; en la escena, un actor declama una poesía de forma aproximadamente dramática; en cada estancia, cada acto, cada escena, cualquiera que sea el nombre que se quiera dar á la cosa, domina una vocal distinta; en cada una de aquéllas el teatro está alumbrado por una luz diferente; en cada una, la orquesta toca un trozo de distinta factura y el vaporizador envía otro perfume diferente. La idea de este acompañamiento del verso por el perfume ha sido propuesta medio en broma por Ernesto Eckstein hace ya algunos años; se ha realizado en París con una seriedad religiosa. Los innovadores van al cuarto de los niños y se apoderan del teatro Guignol para representar en él, con destino á los adultos, comedias que dentro de una nota artificialmente inocente, revelan ó esconden un sentido con pretensiones de profundo, y para hacer desfilas las sombras chinescas que perfeccionan con notable talento é ingeniosidad; figuras graciosamente dibujadas y coloreadas se mueven sobre fondos con sorpresas luminosas, y estos cuadros animados hacen visible el curso de las ideas de una poesía recitada con esta ocasión por el autor, de cuya poesía un piano trata también de hacer sensible para el oído el sentimiento fundamental. Y para disfrutar de estas exhibiciones, la « sociedad » se agolpa en un circo de arrabal, en el sotabanco de una casa de vecindad, en una tienda de ropavejero ó en una taberna fantástica, cuyas representaciones reúnen en una sala común, en la cual se bebe cerveza, á los parroquianos mugrientos ordinarios y á las marquesas vaporosas y etéreas.

### III

#### DIAGNÓSTICO

Las manifestaciones descritas en el capítulo precedente tienen forzosamente que saltar á la vista de todos y cada uno, hasta del *filisteo* más obtuso. Pero éste las considera como una moda y nada más, y las frases corrientes: capricho, excentricidad, afectación de lo nuevo, instinto de imitación, le parecen una explicación suficiente. El hombre que tiene pretensiones de ingenioso, al cual su educación exclusivamente estética no permite comprender el encadenamiento de las cosas ni penetrar su verdadera significación, se engaña neciamente á sí mismo y engaña á los demás con respecto de su ignorancia, valiéndose de frases sonoras y habla enfáticamente de una « investigación inquieta de un ideal nuevo por el alma moderna », de unas « vibraciones más ricas del sistema nervioso refinado de los contemporáneos », de unas « sensaciones ignoradas del hombre escogido ». Pero el médico, singularmente el que se ha dedicado al estudio especial de las enfermedades nerviosas y mentales, reconoce al primer golpe de vista en la disposición de espíritu « fin de siglo », en las tendencias de la poesía y del arte contemporáneos, en la manera de ser de los creadores de obras místicas, simbólicas, « decadentes », y en la actitud de sus admiradores, en las inclinaciones é instintos estéticos del público á la moda, el síndrome de dos estados patológicos bien definidos que conoce perfectamente: la de

generación y la histeria, cuyos grados inferiores llevan el nombre de neurastenia. Estas dos condiciones del organismo difieren en sí mismas la una de la otra, pero tienen ciertos rasgos comunes; se presentan también con frecuencia la una al lado de la otra, de tal suerte que es más fácil observarlas en sus formas mixtas que cada una aisladamente.

La noción de la degeneración que domina hoy toda la ciencia de la psiquiatría ha sido por primera vez precisamente concebida y definida por Morel. En su obra capital citada con frecuencia, pero desgraciadamente muy poco leída <sup>1</sup>, este excelente alienista, célebre un momento en Alemania aun fuera de su profesión <sup>2</sup>, da de lo que entiende por « degeneración » la explicación siguiente: « La idea más clara que podamos formarnos de la degeneración de la especie humana consiste en representárnosla como una desviación enfermiza de un tipo primitivo. Esta desviación, por sencilla que se la suponga en su origen, encierra no obstante elementos de transmisibilidad de tal naturaleza, que aquel que lleva el germen se va volviendo cada vez más incapaz de cumplir su función en la humanidad y que el progreso intelectual ya

<sup>1</sup> *Tratado de las degeneraciones físicas, intelectuales y morales de la especie humana y de las causas que producen estas variedades enfermizas*, por el Dr. B. A. Morel. París, 1857, pág. 5.

<sup>2</sup> El conde Chorinsky había, por instigación de su querida Ebergenyi, envenenado á su mujer, una antigua cómica; el asesino era un epiléptico y un « degenerado » en el sentido de Morel. La familia llamó á éste que estaba en Normandía, á Munich, á fin de que declarase ante los jurados que habían de juzgar al acusado, la irresponsabilidad de éste. Irritó esto de una manera significativa á Chorinsky, y el ministerio fiscal por su parte, contradujo resueltamente las aseveraciones del alienista francés, apoyándose en las opiniones de los más eminentes psiquiatras de Munich. Chorinsky fué declarado culpable; pero poco después de su condena se le declaró la locura y murió unos pocos meses más tarde en la demencia más profunda, justificando todos los pronósticos del alienista francés que había demostrado en lengua alemana, ante jurados alemanes, la insuficiencia del saber de sus compañeros de Munich.

detenido en su persona se encuentra además amenazado en las de sus descendientes ».

Cuando, bajo la influencia de agentes nocivos de todas clases, un organismo está debilitado, sus descendientes no son semejantes al tipo sano, normal y evolutivo de la especie, sino que forman una nueva subvariedad que posee como todas las demás, la facultad de legar á sus propios descendientes, en un grado que va aumentando cada vez más, sus desviaciones de la norma, en este caso patológicas: detenciones de desarrollo, deformidades y vicios. Lo que distingue á la degeneración de la formación de nuevas especies, ó filogenia, es que la variedad patológica no dura y no se reproduce como la que está sana, sino que felizmente no tarda en ser atacada de esterilidad y muere al cabo de algunas generaciones, con frecuencia aun antes de haber llegado á los más bajos grados de la degradación orgánica <sup>1</sup>.

La degeneración se revela en el hombre por ciertos signos somáticos que se llaman « estigmas », palabra poco feliz, puesto que parte de la idea falsa que la degeneración es necesariamente la consecuencia de una falta, y su señal un castigo. Estos « estigmas » son las deformidades, las formaciones múltiples y las detenciones de desarrollo: en primera línea la asimetría, es decir el desarrollo desigual de los dos mitades del rostro y del cráneo; luego, las imperfecciones de la oreja que llama la atención por su magnitud deforme ó se aparta de la cabeza en forma de asa y cuyo lóbulo falta ó es adherente, no teniendo orlado el reborde (*helix*); después, el estrabismo, el pico de liebre en el labio, las irregularidades en la forma y posición de los dientes, el corte ojival ó llano de la bóveda del paladar, los dedos soldados entre ellos ó superabundantes (*sun = y polidactylia*), etc. Morel enumera en su libro los signos anatómicos de degeneración,

<sup>1</sup> Morel, ob. cit., pág. 683.

cuya lista ha sido notablemente aumentada por los observadores posteriores á él; Lombroso, singularmente, ha enriquecido de un modo considerable el conocimiento de los « estigmas »<sup>1</sup>, pero no los atribuye más que al tipo de « criminal-nato », restricción que, precisamente desde el punto de vista científico del maestro italiano, no puede justificarse, puesto que los « criminales-natos » no son otra cosa sino una subdivisión de los degenerados. Féré expresa esto muy claramente al decir: «El vicio, el crimen y la locura no están separados sino por las preocupaciones sociales»<sup>2</sup>.

Habría un medio seguro de probar que no es arbitraria, que no es una humorada sin fundamento, sino que es un hecho la afirmación que los autores de todos los movimientos «fin de siglo» en arte y en literatura son unos degenerados: consistiría en examinar cuidadosamente su persona física y su árbol genealógico. Encontraríamos indudablemente próximos parientes degenerados de casi todos ellos y uno ó varios estigmas que no dejan lugar á duda acerca del diagnóstico « degeneración »; es verdad que con frecuencia no se atrevería nadie, por respeto humano, á publicar el resultado de tal examen y que de este modo sólo se convencería el mismo que pudiera realizarlo.

Al lado de los estigmas físicos, la ciencia ha encontrado también estigmas intelectuales que caracterizan la degeneración de un modo tan seguro como aquéllos, y estos últimos aparecen claramente en todas las manifestaciones vitales, singularmente en todas las obras de los degenerados, hasta el punto de que no es necesario medir el cráneo de un escritor ó ver el lóbulo de la oreja de un pintor, para reconocer que pertenece á la clase de los degenerados.

<sup>1</sup> *El Hombre criminal* (criminal nato, loco moral, epiléptico), traducción francesa de Regnier y Bournet. París, 1887, págs. 142 y siguientes.

<sup>2</sup> *La familia neuropática*. *Archivos de Neurología*, 1884, números 19 y 20.

Se ha encontrado para designar á éstos numerosas apelaciones: Maudsley y Ball los llaman « habitantes de las fronteras », es decir de las regiones limítrofes entre la razón intacta y la locura declarada; Magnan los nombra « degenerados superiores », y Lombroso habla de « matoideos » (de la palabra italiana *matto*, loco), y de « grafómanos », designando con esta palabra los locos á medias que experimentan la necesidad de escribir. A despecho de la multiplicidad de estas denominaciones, se trata de una especie única de individuos que manifiestan su parentesco por la semejanza de su fisonomía intelectual.

La desigualdad que hemos observado en el desarrollo físico de los degenerados, la encontramos también en su desarrollo intelectual. La asimetría del rostro y del cráneo halla en cierto modo su correspondiente *pendant* en sus facultades; las unas están completamente marchitadas, las otras patológicamente exageradas; lo que falta á casi todos los degenerados es el sentido de la moralidad y del derecho: para ellos no existe ninguna ley, ninguna consideración social, ningún pudor; cometen con la mayor tranquilidad y la más viva satisfacción crímenes y delitos, por satisfacer un instinto, una inclinación, un capricho momentáneos, y no comprenden que haya quienes puedan por ello escandalizarse. Cuando este fenómeno se muestra en un alto grado, se habla de « locura moral », la « *moral insanity* » de Pritchard y de Maudsley<sup>1</sup>; pero hay también grados inferiores en que el degenerado, sin hacer quizá por sí mismo nada que le haga incurrir en las leyes penales, justifica en teoría el crimen, trata de demostrar con una abundante fraseología pseudo-filosófica que « bien » y « mal », virtud y vicio, son distinciones arbitrarias, se entusiasma con los criminales y sus actos, des-

<sup>1</sup> Léase, sobre todo, acerca de este asunto: Krafft-Ebing, *La doctrina de la locura moral*, 1871;—H. Maudsley, *Crimen y locura*, Biblioteca científica internacional;—y Ch. Féré, *Degeneración y criminalidad*, Biblioteca filosófica contemporánea, París 1888.

cubre pretendidas bellezas en las cosas más abyectas y más repulsivas, y procura despertar la simpatía y la «comprensión» hacia todas las bestialidades. Las dos raíces psicológicas de la locura moral en todos los grados de desarrollo son en primer término un egoísmo monstruoso<sup>1</sup>, luego la impulsividad<sup>2</sup>, es decir la imposibilidad de resistir á no importa qué impulsión repentina, y estas dos cosas forman también los principales estigmas intelectuales de los degenerados. Tendré ocasión de demostrar, en los capítulos siguientes, por qué causas orgánicas, por consecuencia de qué singularidades de su cerebro y de su sistema nervioso, los degenerados tienen que ser egoístas é impulsivos. En esta introducción he querido limitarme á caracterizar el estigma mismo.

Otro estigma intelectual de los degenerados es su emotividad. Morel ha llegado hasta pretender hacer de este atributo su señal distintiva capital, pero sin razón, á mi juicio<sup>3</sup>, puesto que se da también en la misma medida en los histéricos y hasta se encuentra en personas absolutamente sanas que una causa pasajera, enfermedad, agotamiento, fuerte sacudimiento moral, ha debilitado transitoriamente. En todo caso, es un fenómeno que rara vez falta en el degenerado; ríe hasta saltársele las lágrimas ó llora copiosamente por una excitación despropor-

<sup>1</sup> J. Roubinovitch, *Histeria masculina y degeneración*. París, 1890, pág. 62: «La sociedad que le rodea (al degenerado) es completamente extranjera para él, y no conoce ni se interesa más que por sí mismo».

Legrain, *Del delirio en los degenerados*. París, 1886, pág. 10: «El enfermo es... el juguete de sus pasiones, es arrastrado por sus instintos, no tiene más que una preocupación, la de satisfacer sus apetitos». Pág. 27: «Son egoístas, orgullosos, vanidosos, infatuados de sí mismos».

<sup>2</sup> Henri Colin, *Ensayo acerca del estado mental de los histéricos*. París, 1890, pág. 59: «Dos grandes hechos dominan toda la existencia del degenerado hereditario, la obsesión y la impulsión, ambas irresistibles».

<sup>3</sup> Morel, *Del delirio emotivo*. Archivos generales, serie 6.<sup>a</sup>, vol. 7, págs. 385 y 530. Véase también Roubinovitch, *op. cit.*, página 53.

cionadamente débil; un verso ó una línea en prosa ordinarios le producen escalofríos por la espalda, estatuas y cuadros indiferentes le sumen en el arrobamiento, y la música muy especialmente, aun insípida y de poco mérito, provoca en él la más violenta emoción<sup>1</sup>. Se siente muy orgulloso por ser un instrumento que vibra tan intensamente, y se vanagloria por sentir todo su ser interior devastado, toda su alma sacudida, y por gozar hasta la punta de los dedos con la voluptuosidad de lo bello, allí donde el *filisteo* permanece completamente frío; su excitabilidad se le antoja una superioridad; cree poseer una comprensión especial que les falta á los demás mortales y desprecia de buena gana al vulgo cuyos sentidos están embotados y cerrados. No sospecha el desgraciado que se enorgullece de una enfermedad y se vanagloria de un trastorno intelectual; y ciertos críticos ñoños que por temor de ser acusados de incomprensión, hacen esfuerzos desesperados para experimentar, ante no importa qué obra huera ó ridícula, las emociones de un degenerado, ó celebran con expresiones exuberantes las bellezas que el degenerado afirma encontrar en ella, imitan inconscientemente uno de los estigmas de la semi-locura.

Al lado de la locura moral y de la emotividad, se observa en el degenerado un estado de adinamia y de abatimiento intelectuales que reviste, según las circunstancias, la forma del pesimismo, de un temor vago hacia todos los seres humanos y hacia todo el fenómeno del mundo, ó bien el tedio de sí mismo. «Estos enfermos, dice Morel, tienen una necesidad continua de... quejarse, sollozar, repetir las mismas preguntas y las mismas palabras, con la monotonía más desesperante. Tienen concepciones delirantes de ruina, de condenación, de temores

<sup>1</sup> Roubinovitch, *op. cit.*, pág. 68: «La música le emociona vivamente».

imaginarios»<sup>1</sup>. « El tedio que no me abandona », dice un enfermo de esta clase cuya historia nos cuenta Roubinovitch, « es el tedio de mí mismo »<sup>2</sup>. « Entre los estigmas morales, añade este autor, hay aún que notar los temores indefinibles que los degenerados presentan á veces, por tener que mirar, oler ó tocar un objeto cualquiera »<sup>3</sup>. Y más lejos menciona su « miedo inconsciente de todo el mundo »<sup>4</sup>. En este cuadro de melancólico deprimido, sombrío, desesperado de sí mismo y del mundo entero, torturado por el temor de lo desconocido y al que amenazan peligros vagos, pero terribles, reconocemos rasgo por rasgo al hombre del Crepúsculo de los Pueblos y la disposición de espíritu « fin de siglo » descrita en el primer capítulo.

Con el abatimiento característico del degenerado se junta, por regla general, una aversión hacia toda acción que puede llegar hasta el horror de obrar y la impotencia de querer (abulia). Ahora bien; es una especialidad del espíritu humano conocida del psicólogo, que la ley de la causalidad, rigiendo el pensamiento todo, asigna motivos racionales á todas sus propias decisiones; ya Spinoza ha expresado esto de un modo feliz: « Si una piedra lanzada por la mano de un hombre pudiera pensar—dice,—se imaginaría de seguro que cruza el espacio porque quiere hacerlo ». Muchos estados de alma y actos de los cuales llegamos á ser conscientes son la consecuencia de causas de las cuales no tenemos conciencia; en este caso inventamos después, *a posteriori*, motivos que satisfacen nuestra necesidad psíquica de clara causalidad y nos persuadimos sin trabajo á nosotros mismos que de ese modo ya los hemos realmente explicado. El degenerado al cual

<sup>1</sup> Morel, *Del delirio panofóbico de los enajenados quejumbrosos Anales médico-psicológicos*, 1871.

<sup>2</sup> Roubinovitch, *op. cit.*, pág. 28.

<sup>3</sup> *Id. Ibid.*, pág. 37.

<sup>4</sup> Roubinovitch, *op. cit.*, pág. 66.

asusta la acción, desprovisto de voluntad, que no sospecha que su incapacidad para la acción es una consecuencia de sus máculas cerebrales hereditarias, se presume falsamente que es por una libre determinación por lo que menosprecia la acción y se complace en la inactividad; y para justificarse á sus propios ojos, se erige una filosofía de renunciación, de alejamiento del mundo y de menosprecio hacia los hombres, pretende haberse convencido de la excelencia del quietismo, se califica con orgullo de budista y celebra con giros poéticamente elocuentes el *nirvana* como el más elevado y el más digno ideal del espíritu humano. Los degenerados y los alienados forman el público predestinado de Schopenhauer y de Eduardo de Hartmann, y les basta conocer el budismo para convertirse en seguida.

A la incapacidad para obrar se liga la afición al ensueño vano; el degenerado no es capaz de dirigir largo rato, ni aun por un instante, su atención sobre un punto, ni tampoco de penetrar claramente, de ordenar, de elaborar en apercepciones y juicios las impresiones del mundo exterior que sus sentidos, de función defectuosa, llevan á su conciencia distraída. Le es fácil y más cómodo dejar que sus centros cerebrales produzcan imágenes semiclaras, nebulosamente flúidas, embriones de pensamientos apenas formados; sumirse en la perpetua embriaguez de fantasmas que se pierden de vista, sin objeto ni fin, y no tiene casi nunca la fuerza de inhibir las asociaciones de ideas y las sucesiones de imágenes caprichosas por regla general puramente automáticas, ni de introducir una disciplina en el confuso tumulto de sus apercepciones fugitivas. Lo contrario es lo que le sucede: se alegra de su imaginación que opone al prosaísmo del *filisteo* y se consagra con predilección á toda clase de ocupaciones libres que permiten á su espíritu la vagancia ilimitada, mientras que no puede sujetarse á las funciones burguesas reguladas que exigen atención y una constante consideración de la

realidad. Llama á esto «una disposición para el ideal», se atribuye inclinaciones estéticas irresistibles y se califica arrogantemente de artista <sup>1</sup>.

Señalemos brevemente algunas singularidades que con frecuencia se hacen constar en el degenerado; está torturado por la duda; pregunta la razón de todos los fenómenos, especialmente de aquellos cuyas causas últimas nos son absolutamente inaccesibles, y se siente desgraciado cuando sus investigaciones y sus meditaciones no llegan, como es natural, á ningún resultado <sup>2</sup>. Provee continuamente de nuevos reclutas al ejército de los metafísicos creadores de nuevos sistemas, de los profundos explicadores del enigma del mundo, de los buscadores de la piedra filosofal, de la cuadratura del círculo y del movimiento perpetuo <sup>3</sup>, y estos tres últimos objetos, especialmente, le atraen con tanta fuerza, que la oficina del privilegio de invención de Washington, por ejemplo, se ve obligada á tener siempre una provisión de respuestas impresas para las innumerables peticiones de privilegios relativas á la solución de estos fantásticos problemas. Después de las investigaciones de Lombroso, será también difícil negar que la degeneración constituye igualmente el fondo de los escritos y de los actos de muchos

<sup>1</sup> Charcot, *Lecciones del martes en la Salpêtrière. Policlínica*. París 1890, 2.<sup>a</sup> parte, pág. 392: «El uno es saltimbanqui: se llama á sí mismo artista. La verdad es que su arte consiste en hacer «el hombre salvaje» en las casetas de feria».

<sup>2</sup> Legrain, *op. cit.*, pág. 73. «Los enfermos están constantemente obsesionados por una porción de preguntas que se agolpan á sus espíritus, preguntas á las cuales no pueden responder, y consiguientemente á esta impotencia interviene un sufrimiento moral que no puede expresarse. La duda abarca toda clase de temas: metafísica, teología, etc.»

<sup>3</sup> Magnan, *Consideraciones sobre la locura de los hereditarios ó degenerados. Progreso medical*, 1886, pág. 1.110. A propósito de una historia de enfermo: «Tuvo también la idea de buscar la piedra filosofal y hacer oro».

revolucionarios y anarquistas <sup>1</sup>. El degenerado es incapaz de adaptarse á condiciones dadas, incapacidad característica de las variedades patológicas de toda especie y seguramente uno de los principales motivos de su pronta desaparición; se rebela pues, contra estados de cosas y maneras de ver que tienen necesariamente que serle importunos, aunque no fuera sino porque le imponen el deber de ejercer el dominio de sí mismo, de lo cual es incapaz á causa de la debilidad orgánica de su voluntad. Así es como se apresta á mejorar el mundo é imagina para la felicidad del género humano proyectos que se distinguen sin excepción, tanto como por su ardiente amor al prójimo y su sinceridad con frecuencia conmovedora, por lo absurdo y su monstruosa ignorancia de todas las realidades de la vida.

Un estigma capital del degenerado, en fin, que he reservado para lo último, es el misticismo. «De todas las manifestaciones delirantes propias de los hereditarios—dice M. Henri Colin—no hay ninguna, á nuestro juicio, más patognomónica que el delirio místico ó, sin llegar hasta el delirio, las preocupaciones religiosas místicas, la devoción exagerada, etc.» <sup>2</sup>. No quiero multiplicar aquí los testimonios y las citas; en los capítulos siguientes, en que se tratará del arte y de la poesía mística del día, tendré ocasión de mostrar al lector que entre estas tendencias y la exaltación religiosa que se observa en casi todos los degenerados y alienados hereditarios, no hay diferencia.

He enumerado los rasgos más salientes que caracterizan el estado mental del degenerado. El lector puede aho-

<sup>1</sup> Lombroso, *La fisonomía de los anarquistas. Nouvelle Revue*. 15 Mayo 1891, pág. 227: «Tienen con mucha frecuencia estos estigmas de degeneración que son comunes á los criminales y á los locos, puesto que son unos anormales, unos hereditarios.» Véase también *Pazzi ed anomali*, del mismo autor. Turín, 1884.

<sup>2</sup> Henri Colin, *op. cit.* pág. 154.

ra juzgar por sí mismo si el diagnóstico «degeneración» es ó no aplicable á los promovedores de las nuevas tendencias estéticas. Que no se vaya á creer, por lo demás, que degeneración sea sinónimo de falta de talento: casi todos los observadores que han examinado muchos degenerados establecen expresamente lo contrario. «No hay que olvidar—dice Legrain—que el degenerado puede ser un genio; un espíritu mal equilibrado es susceptible de las más altas concepciones, al paso que paralelamente se hallan en el mismo espíritu mezquindades, pequeñeces que parecen tanto más manifiestas cuanto que tienen su asiento al lado de las cualidades más brillantes»<sup>1</sup>. Esta reserva la encontraremos en todos los autores que han suministrado contribuciones á la historia natural de los degenerados. «Pueden—dice Roubinovitch—alcanzar un desarrollo considerable desde el punto de vista intelectual; pero desde el punto de vista moral su existencia está completamente desequilibrada; un degenerado... empleará sus brillantes facultades, lo mismo para servir una gran causa que para satisfacer las inclinaciones más viciosas»<sup>2</sup>. Lombroso ha citado toda una lista numerosa de genios incontestables que no menos incontestablemente eran matoideos, grafómanos ó locos declarados<sup>3</sup>, y un sabio francés, Lasègue, ha podido emitir esta idea que se ha hecho corriente: «el genio es una neurosis». Esta aseveración era imprudente, puesto que permitía á los charlatanes ignorantes hablar, con apariencias de razón, de exageración, y burlarse de los neuro-patologistas y alienistas que ven un loco en todo individuo que se permite ser otra cosa, ser algo más que el contribuyente normal más ordinario, más impersonal. La ciencia no afirma que todo genio es

<sup>1</sup> Legrain, *op. cit.*, pág. 11.

<sup>2</sup> Roubinovitch, *op. cit.* pág. 33.

<sup>3</sup> Lombroso, *El Hombre de genio*, traducción francesa por Fr. Colonna d'Istria. París, 1889. Véase también especialmente P. Nisbet, *The insanity of genius*, Londres, 1891.

un loco; hay genios sanos que desbordan de fuerza, cuyo altivo privilegio consiste precisamente en que una de sus facultades intelectuales está extraordinariamente desarrollada sin que las demás queden más acá del término medio; del mismo modo, naturalmente, todo loco no es un genio, y la mayor parte de los locos son más bien, si se hace abstracción de los imbéciles de diferentes grados, lastimosamente estúpidos é incapaces. Pero, en casos numerosos, el «degenerado superior» de Magnan, del mismo modo que presenta aquí y allí una estatura gigantesca ó un desarrollo excesivo de ciertas partes, posee un talento singularmente desarrollado, á expensas, bien es cierto, de las otras facultades que están completa ó parcialmente marchitadas<sup>1</sup>. Esto es lo que permite al hombre competente distinguir, al primer golpe de vista, el genio sano del degenerado altamente ó aun muy altamente dotado; que se despoje á aquél de la facultad especial por la cual es un genio, y siempre continuará siendo todavía un hombre capaz, á menudo de una inteligencia y de una habilidad superiores, moral, apto para discernir, que sabrá en todas partes llenar su sitio en nuestro engranaje social; que se pruebe la misma experiencia con el degenerado, y sólo se tendrá un criminal ó un loco que la humanidad sana no puede emplear en nada. Si Goethe no hubiera en su vida escrito un solo verso, no hubiera por eso dejado de ser un hombre de excelente trato, de buenos principios, un fino conocedor del arte, un coleccionador de exquisito gusto, un observador sagaz de la naturaleza; que se re-

<sup>1</sup> Falret, *Anales médico-psicológicos*, 1867, pág. 76: «Desde su infancia tienen de ordinario facultades intelectuales muy desigualmente desarrolladas, débiles en su conjunto y notables por ciertas aptitudes especiales; han mostrado disposiciones excepcionales para el dibujo, el cálculo, la música, la escultura ó la mecánica... y al lado de estas facultades aisladamente desarrolladas que les han hecho pasar por precoces prodigios, han ofrecido las más de las veces enormes lagunas en su inteligencia y una debilidad verdaderamente radical de las otras facultades».